

SUMARIO DEL CAPITULO NOVENO.

Continúa Enrique IV en su rebeldía contra la Iglesia, y es de nuevo excomulgado por dos papas sucesores de Gregorio. A éste suceden Victor III, Urbano II y Pascual II, y celebran los concilios de Sutri y de Clermont. Tiene lugar en el pontificado de Urbano II la primera cruzada, cuyos ejércitos, en número de seiscientos mil infantes y cien mil caballos, pasan al Oriente bajo el mando de Godofredo de Bullon, duque de Lorena: se batan muchas veces con los sarracenos, toman á Nisa, invaden la Asia Menor y la Siria, se apoderan de Antioquía, y por último, llegan á Jerusalem y la conquistan, quedando por rey en ella Godofredo de Bullon. En España avanzan en la reconquista el rey Alfonso VI y el Cid Rui de Vivar, y mas adelante Alfonso VIII. Santos que resplandecieron en el siglo undécimo. Ordenes religiosos fundados en el mismo.

Comienza á fines de este siglo la dominacion de los turcos, raza de los hunnos populosa y libre, que se crió en las fronteras de la Tartaria: hácese dueños de la Armenia y de la Persia, y venciendo á los sarracenos, abrazan el mahometismo, y comienzan á apoderarse del imperio de Mahoma, bajo el mando de un sultan turco. Serie

de los papas del siglo duodécimo. Concilios 1º, 2º y 3º de Letran. San Bernardo abad predica la segunda cruzada. Tiene lugar en este siglo la institucion de los órdenes militares mas célebres, como son los de San Juan, del Templo, de Calatrava, del Santo Sepulcro, el Teutónico y otros, y los puramente religiosos de los Premostratenses y de la Santísima Trinidad, redencion de cautivos. Resplandece tambien en él Pedro Lombardo, conocido con el nombre del Maestro de las Sentencias, y comienzase á enseñar en las escuelas la teología escolástica por las obras de éste. Tienen tambien lugar en este siglo la segunda, tercera y cuarta cruzadas. Piérdese la Tierra Santa, que invaden los turcos; apodéranse de Jerusalem. Santos que resplandecieron en el siglo duodécimo: órdenes religiosos.

Serie de los papas del siglo trece. Cuarto concilio de Letran, y primero y segundo de Leon. Los cruzados se apoderan de Constantinopla y eligen por emperador á Balduino. Los castellanos y leoneses, bajo el mando del rey San Fernando, adelantan mucho sus conquistas sobre los moros, recobrando los reinos de Córdoba, Murcia, Jaen y Sevilla, y haciendo tributario al de Granada. San Luis, rey de Francia, primo de San Fernando, emprende la quinta y la sexta cruzadas, que no alcanzan su efecto por permission divina. Vísperas Sicilianas. Institucion de las órdenes religiosas de San Francisco, Santo Domingo, Nuestra Señora de la Merced y otras. Santos y escritores de este siglo. Serie de los papas del siglo catorce. Célebrense en Viena de Francia el décimoquinto concilio general, presidido por Clemente V, con asistencia de los reyes de Francia, Inglaterra y Aragon, y de los patriarcas de Alejandria y Antioquia. Erígese la monarquía de los turcos en Ottomán, su primero y sumo emperador, de quien vino á denominarse el Imperio Ottomano: su hijo aumenta sus conquistas. Los caballeros de San Juan se apoderan de la Isla de Rodas, quitándosela á los turcos. Dáse en España la célebre batalla de Tarifa, en que quedan derrotados los moros con pérdida de doscientos mil combatientes. Santos de este siglo.

CAPITULO NOVENO.

Desde el pontificado de Gregorio VII hasta el fin del siglo catorce.

P. ¿Cuál fué la conducta del llamado rey ó emperador Enrique de Alemania, despues de la muerte de Gregorio VII?

R. La misma que había sido durante su vida, pues este hombre se había hundido en la iniquidad y el pecado, endureciéndose en él. Y decís bien, llamado rey ó emperador; pues emperador nunca lo fué, habiendo sido coronado por un antipapa, que siendo un intruso, no tenia autoridad para ello; y en cuanto á la potestad real, la había perdido con la justa excomunion que fulminó contra él Gregorio VII.

P. Explicadnos esto mas extensamente.

R. La excomunion trae consigo la deposicion del excomulgado de aquel cargo ú oficio que ejerce en la Iglesia ó en la sociedad. Así se ve que los obispos y otros prelados de la Iglesia, que ésta había excomulgado por hereges ó cismáticos, eran depuestos de sus sillas, como puede verse en la historia toda de la Iglesia. Pues de la misma manera debian serlo los reyes y príncipes que justamente fuesen excomulgados, pues milita contra ellos la misma razon que contra los obispos. Respecto de ellos mismos, no cabe duda que por su indignidad pierden todo derecho á ser cabezas de un pueblo cristiano y en una

Iglesia cristiana, los que por su rebeldía se hacen enemigos de la misma Iglesia y del mismo pueblo. Respecto de la Iglesia y del pueblo, tampoco cabe duda en que tienen derecho á que se les provea de cabezas dignas que los conduzcan y gobiernen segun la ley de Dios, que mantengan su religion, que conserven su moral, que los mantengan en la unidad de la Iglesia; y sobre todo, que no los induzcan al error, que los separaria de la fé católica. Haciendo, pues, perdido su derecho el obispo y el rey excomulgados, por la indignidad é incapacidad en que quedan de seguir gobernando Iglesia ó pueblo cristiano, y haciéndose lugar en tal caso el derecho del pueblo y de la Iglesia á que sea depuesta la cabeza indigna é incapaz y se dé otra capaz y digna de gobernarlos; ¿quién duda que el tal rey ú obispo excomulgado no son ya, ni deben ser, legítimas ni autorizadas cabezas de aquel pueblo ó Iglesia, y que por consiguiente Enrique IV no era ya rey de Alemania despues que fué justamente excomulgado? Para entender esto bien, no hay que olvidar que los mismos que forman el Estado, forman la Iglesia, y que ésta no está reducida á la gerarquía eclesiástica solamente, sino que comprende á todo el pueblo, ni puede dividirse el individuo que en sí reúne el ser ciudadano de tal reino é hijo de la Iglesia; que los reinos son hijos de la Iglesia, y los reyes hijos de la Iglesia: el pensar ó decir otra cosa, es, no solo error, sino ignorancia y tontería de quien tal piensa.

P. ¿Cuál es la historia de Enrique, despues de la muerte de Gregorio VII?

R. Larga y llena de yerros, pecados y violencias. Por su rebeldía y atentados, fué de nuevo anatematizado por Urbano II y por Pascual II: envuelto siempre en guerras,

ya venciendo y ya vencido, llegó á contar sesenta y dos batallas en que se halló. Rebeláronsele sus mismos hijos y lidió contra ellos: vióse precisado á abdicar el imperio en el segundo, llamado también Enrique, y luego se armó contra él. Por último, durante una suspension de armas, enfermó y murió impenitente, en 7 de Agosto de 1106, á los cincuenta años de su edad: por el pronto se dió á su cuerpo sepultura eclesiástica; pero luego fué desenterrado y puesto en un atand de piedra, en un campo fuera de la Iglesia. Le sucedió su hijo Enrique V.

P. ¿Qué fué de Felipe I, rey de Francia?

R. Se mantuvo en la excomunion largos años, y aun dió causa á nuevo anatema por haber repudiado á su muger legítima y puéstose en mal estado con una señora casada; pero al fin se humilló y pidió absolucion de las censuras, la que le fué dada en un concilio, en que se presentó descalzo y cubierto de un saco de penitencia.

P. ¿Qué papas sucedieron á San Gregorio VII?

R. El inmediato sucesor fué Victor III; vivió poco, y le sucedió Urbano II.

P. ¿Qué concilios se celebraron en tiempo de Urbano II?

R. Los mas célebres fueron los de Plazencia y de Clermont. El primero se celebró el año de 1095: asistieron á él doscientos obispos, cerca de cuatro mil clérigos y mas de treinta mil seglares; y como ninguna iglesia era capaz para esta multitud, hubo de reunirse á campo raso. En este concilio se condenó de nuevo la heregía de Berengario y la de los Nicolaitas, y se reprodujeron las sentencias dadas por los papas contra la simonía; pero el principal asunto fué el de la cruzada ó expedicion de ar-

mas contra los turcos, llamada con aquel nombre por llevar los que militaban en ella una cruz roja sobre el pecho. La opresion en que tenia al mundo el imperio de Mahoma, compuesto de tártaros, turcos, árabes ó sarracenos, y moros, bastaba para que la Europa y parte del Asia, que no habian sucumbido, tratasen de hacer un esfuerzo con que reprimir la audacia de aquel imperio y debilitar sus fuerzas; pero habia aún otro motivo, que era el que puso este pensamiento en la mente de Gregorio VII: este motivo era el de impedir que siguiese adelante el gran mal de la barbarie, distintivo ó carácter de aquel imperio enemigo de las luces y de la civilizacion. "Tratábase, dice el señor de Chateaubriand, de ver quién habia de triunfar en la tierra, ó un culto enemigo de la civilizacion, favorable por sistema á la ignorancia, al despotismo y á la esclavitud, cual era el mahometismo, ú otro culto que ha resucitado el ingenio de la docta antigüedad entre los modernos y abolido la esclavitud, cual es el cristianismo." Motivos ambos poderosísimos para el gran movimiento de las cruzadas, y el segundo puede decirse que fué el ídolo de Gregorio VII; pero no pudo realizarle por los afanes en que le puso el protervo Enrique: sin embargo, hizo lo que pudo, pues fué suyo el impulso que se dió en España á la guerra contra los moros.

El tercer motivo, muy poderoso y de grande interés, era el de librar del poder de los turcos los santos lugares de Jerusalem en que nuestro divino Salvador obró el misterio de misterios de nuestra redencion; y como tan clásico, y en que no se tenia otra mira que la religion, fué el que conmovió al mundo para esta empresa santa. Agregábase á él la necesidad de asegurar la vida y libertad de

los peregrinos que iban á visitar aquellos santos lugares, y de los que recientemente habian sacrificado los turcos mas de cinco mil.

Empleó para esto la Providencia un medio en sí muy débil, pero que en su diestra soberana obró mucho en los pueblos y aun naciones enteras: un hombre, un solo hombre, un ermitaño, llamado Pedro, fué bastante para inflamar los ánimos de los cristianos en la Italia, la Francia, la España y otros países de Europa para esta sagrada expedicion. Era éste un sacerdote francés que habia profesado la vida eremítica; su devocion y religiosidad le habian llevado á visitar la Tierra Santa. El aspecto de Jerusalem, la profanacion del Santo Sepulcro y demas lugares sagrados por el inmundo mahometano, los padecimientos de los peregrinos, todo inflamó su celo, y resolvió sacrificarse por una causa tan santa. Parte, pues, de Jerusalem, atraviesa los mares y va á echarse á los piés del papa Urbano. Este le oye con interés, acoge su proyecto y le autoriza para anunciar la cruzada. Pedro tenia el celo de un apóstol y el valor de un mártir; cuando habia no habia quien resistiese ni á la fuerza de su elocuencia, ni al ímpetu de su ejemplo. Enardecido aun mas con la mision del papa, Pedro atraviesa la Italia, pasa los Alpes, recorre la Francia y gran parte de Europa, y abraza todos los corazones con el fuego de su palabra y de su celo.

Tal era la disposicion de los reinos cristianos cuando el papa Urbano reunió el concilio de Plazencia: á él llegó un nuevo impulso; Alejo Comneno, emperador de Constantinopla, envió embajadores al concilio, pidiendo auxilio contra los infieles, y el papa los oyó propicio y exhortó á

todos los presentes á reunirse para ir á expulsar á los sarracenos de la Tierra Santa. Sin embargo, el concilio no tomó entonces resolucion alguna, quedándole esta gloria al de Clermont, celebrado por el mismo papa á muy poco tiempo.

En él expuso el papa la situacion lastimosa en que se hallaban los cristianos de Jerusalem, sufriendo la dura servidumbre de los sarracenos, y viéndose á cada paso en la terrible alternativa de apostatar, ó caer bajo la cimitarra del mahometano cruel; los sacerdotes y diáconos inmolados en el mismo santuario, las vírgenes violadas, los casados perseguidos, los templos hechos cuadras y establos de animales, la iglesia del Santo Sepulcro manchada con impurezas, y todo á merced del bárbaro sin religion ni ley. En seguida exhortó el papa á aquella concurrencia, y en ella á toda la cristiandad, á marchar animosos contra los sarracenos, concediendo indulgencia y perdon general de todos sus reatos á los que tomasen las armas, y especialmente á los que muriesen en esta guerra santa, y poniendo bajo la proteccion y bandera de la Iglesia Romana las familias y bienes que dejasen en sus tierras. Por lo demas, añadió el papa Urbano, no pretendemos que los ancianos ó los achacosos, ó los que no son aptos para tomar las armas, emprendan este viage, ni las mugeres sin sus maridos ó hermanos que respondan de ellas; todas estas personas mas estorban que ayudan. Los ricos socorran á los pobres, y lleven consigo criados á sus expensas. Los sacerdotes y clérigos no irán sin permiso de sus obispos, de quienes hasta los legos deben recibir la bendicion para ir en peregrinacion. Por último, dispuso que todos los que se alistasen para esta guerra, llevasen en el pecho una cruz roja.

Luego que el papa acabó de hablar, se postraron todos los asistentes y recibieron su absolucion. Urbano nombró por gefe religioso de la cruzada á *Ademaro*, obispo de Puy, y por gefe militar á *Raimundo*, conde de Tolosa: mas adelante fué el gefe militar *Godofredo de Bullon*, duque de Lorena. Acompañaban á éstos mas de doscientos príncipes y generales de mucho nombre de todos los reinos de Europa, sobresaliendo entre todos *Balduino* y *Eustaquio*, hermanos del duque de Lorena, *Roberto*, conde de Flandes, *Roberto*, duque de Normandía, *Hugo el Magno*, hermano del rey de Francia, *Raynaldo*, general de las tropas alemanas é italianas, *Bohemundo*, general normando, y *Tancredo*. El ejército llegó al número de seiscientos mil infantes y cien mil caballos de todas naciones; y como en guerra sagrada, y para asistencia de tan numeroso ejército, iba tambien gran número de eclesiásticos con no pocos obispos.

Mucha parte de esta tropa murió en el camino, que fué el del Bósphoro de Tracia; pero la parte mas arreglada y disciplinada de él llegó á la Asia Menor y Mayor, en que debia maniobrar; tomó á Nisa, combatió con los turcos, puso sitio á Antioquía y la tomó á los siete meses, destrozó un ejército de cien mil persas, conquistó á Cesarea, y finalmente, se echó sobre Jerusalem y se apoderó de ella el año del Señor 1099. Mas como de nada hubiera valido tomar la ciudad santa, si no se conservaba, proclamó luego el ejército por rey de Jerusalem á Godofredo de Bullon, y en él comenzó la serie de reyes cristianos de Jerusalem, de que volveremos á hablar.

P. ¿Qué otras ventajas consiguió la cristiandad sobre los sarracenos en este siglo?

R. Las que obtuvieron el rey Alfonso VI y el Cid Rui Díaz de Vivar, recobrando el primero el reino de Toledo, y el segundo el de Valencia despues de haber reportado sobre ellos muchos y grandes triunfos.

P. ¿Qué se observa de particular en este siglo en cuanto á los santos que florecieron en él?

R. Que muchos de ellos fueron reyes que esclarecieron á la Iglesia, al tiempo que otros muchos reyes la deshonraban y oprimian. Florecieron en él San Enrique, emperador, y Santa Cunegunda su esposa, á quien, por un vencimiento de heróica virtud, dejó vírgen: San Estevan, rey de Hungría, y su hijo San Emerico, tambien rey: San Canuto el Mayor, rey de Dinamarca: San Ladislao, rey de Hungría: San Eduardo, rey de Inglaterra; y Santa Margarita, reina de Escocia.

P. ¿Qué otros santos esclarecidos hubo á mas de éstos en el siglo once?

R. San Romualdo abad, fundador del orden de los Camaldulenses; San Juan Gualberto, fundador del de Valle Umbrosa; San Bruno, fundador de la Cartuja; San Roberto, fundador del orden Cirterciense; San Anselmo, arzobispo de Cantorbery, y otros.

P. ¿Qué papas rigieron la Iglesia en el siglo doce?

R. Al principio del siglo gobernaba en la Iglesia Pascual II, que habia sido elegido el 15 de Agosto de 1099, durando su pontificado hasta Enero de 1118. Este papa tuvo que lidiar por mucho tiempo con el emperador Enrique V, que, siguiendo las pisadas de su padre, empleó el engaño y la fuerza armada contra el santo padre, hizo elegir un antipapa, causó con esto un cisma, escandalizó á la Iglesia, y atrajo sobre sí el anatema.

A Pascual siguió Gelacio II, quien padeció mucho de parte del emperador y sus secuaces, teniendo que salir de Roma una y otra vez y que buscar su seguridad en otros paises: murió en Francia en el monasterio de Cluny. En el mismo fué proclamado papa Calixto II, á quien tambien intentó hacer prisionero el emperador Enrique, como habia hecho con Pascual II; pero habiendo conocido que sus esfuerzos eran vanos, se redujo al fin y renunció á las investiduras, que habian sido el motivo del cisma y de la guerra. Afirmóse esta renuncia en un tratado solemne de paz, celebrado entre el papa y el emperador, á las orillas del Rhin; despues de lo cual fué absuelto el emperador, y recibió la comunión de mano del obispo de Ostia. Este papa celebró el primer concilio de Letran, que fué el noveno general: asistieron á él mas de trescientos obispos y seiscientos abades. Entre los muchos cánones que dictó, fué uno que restringia á los abades y monges ciertas facultades en que se consideraron perjudicados los obispos.

A la muerte de Calixto aconteció una cosa particular. Los cardenales y obispos habian elegido en San Juan de Letran al cardenal Tibaldo; y cuando se cantaba el Te Deum, llegó Roberto Frangipan con algunos de su faccion y se pusieron á gritar: "Lamberto, obispo Ostia, papa." Como éste tambien era prelado de mucho mérito, no tenian los obispos ni el clero por qué desecharle; pero insistian en sostener su eleccion. Entonces Tibaldo, por evitar la disension, cedió voluntariamente la tiara á Lamberto, y quedó éste electo por reconocimiento de los cardenales, obispos y clero; pero Lamberto no quiso ser tenido por papa, y aun dejó las insignias pontificales, hasta que aquellos prelados hicieron su eleccion libre y espontá-

neamente. Así es que se vieron actos tan brillantes de desprendimiento y humildad en dos dignos prelados, cuando tantos otros ambicionaban los puestos, é intrigaban para obtenerlos por el arte ó la fuerza. Honorio II, que fué el nombre que tomó Lamberto, solo duró en el pontificado cinco años y dos meses, en cuyo tiempo se vió combatido por Rogerio, duque de Apulia y de Calabria, con quien al fin tuvo que hacer las paces y darle el título de duque de Apulia, recibiendo de él homenaje.

A Honorio sucedió Inocencio II, en cuya eleccion se vió tambien otra particularidad que vamos á referir. Al dia siguiente de la muerte de Honorio, antes de que se publicase, se reunieron diez y seis cardenales que le habian asistido en su última hora, y eligieron á Gregorio bajo el nombre de Inocencio II; mas habiéndose divulgado la muerte de Honorio, se congregaron los otros cardenales en San Márcos, y eligieron á Pedro de Leon, á quien llamaron Anacleto II. Los dos electos fueron entronizados sin tardanza, el primero á la hora de tercia, y el segundo á la de sexta, y los dos se consagraron el 23 de Febrero, Inocencio en Santa María la Nueva, y Anacleto en San Pedro. Como el partido de Pedro de Leon era mas fuerte, Inocencio tuvo que retirarse á Francia, y antes de llegar ya le habia reconocido como papa legítimo el concilio de Etámpes. El rey de Francia le salió al encuentro en compañía de la reina y de los príncipes sus hijos; y postrándose á sus piés, le ofreció obediencia y respeto, reconociéndole como papa legítimo. Reconociéronle asimismo la Inglaterra y la Alemania y una asamblea de obispos y señores que se hallaban con el rey Lothario, quien le tributó los mayores honores. El papa volvió á

Francia, y recorrió las principales ciudades, convocando y presidiendo muchos concilios.

A los tres años se encaminó á Roma acompañado del rey Lothario, á quien coronó emperador. Mas adelante tuvo el papa necesidad de que le socorriese Lothario con sus armas, porque el antipapa Anacleto no desistió del cisma, y permanecia armado en el castillo de Sant-Angelo y otras fortalezas y auxiliado de Rogerio, rey de Sicilia. El emperador le auxilió, y venciendo á las tropas de Rogerio, quedó el papa mas tranquilo, y en entera seguridad á los dos años, por haber muerto el antipapa Anacleto.

P. ¿Quién trabajó en esta ocasion con grande celo por evitar el cisma?

R. Un hombre insigne, á quien la Iglesia empleó muchas veces en sus mas árdusos asuntos con el mejor éxito, San Bernardo, abad de Claraval.

P. Dadnos noticia de este gran santo.

R. San Bernardo nació en Fontaines de la provincia de Borgoña en Francia, el año 1091, de una de las casas mas ilustres. Aplicáronle sus padres al estudio de las ciencias. A su ilustre nacimiento se unian, sobre la gallardía de su persona y hermosura de su rostro, tales prendas de talento, viveza, discrecion, modificadas por la docilidad, modestia y pudor, que no podia menos que encadenar con su atractivo á cuantos le trataban. Poseia una elocuencia tan natural, tan fácil y de tanta conviccion, que, agregada á las demas prendas, hacia que todos le viesen con interés y le amasen tiernamente; pero estas mismas prendas, bien se deja ver que debian ser, y fueron en efecto, de mucho peligro para el virtuoso jóven, por-